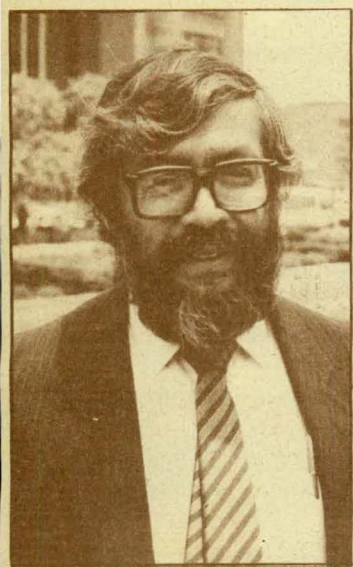


27-NOVIEMBRE 1985

# Un Año Después

POR MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA



Casi medio millar de personas murieron hace un año, en un estallido de gas en el lindero norte de la ciudad de México. Hoy, esa efemérides se nos agolpa con otras. Hace dos meses (¿ya? ¿apenas?) tembló la tierra en la que está asentada la capital y causó la muerte de más de 10 mil personas, aunque nunca sabremos la cifra precisa.

¿Cómo vimos, hace un año, la tragedia de Ixhuatepec, y como la vemos hoy? Permita el lector que, para responder a la primera pregunta, reproduzca lo que escribí el 24 de noviembre de 1984:

A las 5:40 de la mañana del lunes 19 de noviembre seguramente poca gente dormía en la colonia San Juan Ixhuatepec. La ma-

yor parte de los habitantes del lugar son madrugadores por obligación. Los que tienen trabajo deben emplear varias horas en el traslado. Una de las víctimas, por ejemplo, trabajaba en un colegio situado cerca de Xochimilco, en donde tenía que estar cada día a las ocho de la mañana. Si el estallido hubiera ocurrido a hora más temprana, quizá el número de víctimas hubiera sido mayor. De cualquier modo, la grave tragedia que se generó esa madrugada no sólo provocó centenares de muertos, sino que se ha convertido en parte-aguas de historia del desarrollo urbano.

"A partir de ahora nadie podrá eludir el enfrentamiento organizado, racional, conciente, a los riesgos diversos de la vida urbana. Contra lo que la autodenigración quiere hacernos creer, podemos hacerlo. Es verdad que contra el saneamiento de la vida en la ciudad militan poderosos intereses, y que el gobierno no necesariamente está ganoso o preparado para enfrentarlos, y que algunos de esos intereses son del propio gobierno. Pero se ha manifestado una fuerza social en la que sólo podían dejar de creer los que ignoran las reservas de la gente común. La ayuda que materialmente llovió sobre la zona de la tragedia no es producto de una falsa conciencia caritativa y por lo tanto melcochera, sino fruto de una disposición de ánimo que el capitalismo salvaje en que vivimos no ha conseguido mudar por completo, pese a las incitaciones frecuentes a que luchemos todos contra todos.

Fue de tal modo golpeador de la conciencia el terrible acontecimiento, que casi todo el mundo reaccionó del modo necesario y pertinente. El gobierno, como la comunidad, lo hizo de manera eficaz y rápida, según se ha subrayado ya. Era lunes, día de flojera según la autodenigración, y víspera del día feriado, además. El puente estaba tendido. Hubiéramos encontrado atroz, pero natural, el que la organización de los auxilios se entorpeciera porque los responsables no estuvieran en sus puestos. Si estaban o no, lo ignoramos, pero los mecanismos funcionaron como si se hubiese comunicado una alerta preventiva. Fue una lástima que ni el Presidente de la República ni el gobernador Alfredo del Mazo encabezaran el sepelio y dieran su pésame directamente a los deudos. Pero ambos fueron sensibles a la abrumadora gravedad del asunto, y estuvieron en la comarca afectada, además de instruir a

sus colaboradores para enfrentar con prontitud la situación. Directamente encargados de coordinar los auxilios, el coronel Jorge Carrillo Olea, subsecretario de Gobernación; y el procurador de Justicia del Estado de México, Humberto Lira Mora, cumplieron su deber con el escrúpulo que les es bien conocido.

Si en lo inmediato pudimos poner los remedios posibles a la desgracia, no hay justificación a que no tomemos las lecciones que del siniestro se desprenden. La investigación de los sucesos ha de hacerse desprejuiciada, rigurosa, inequívocamente. Miembros de agrupaciones sociales han hecho saber que algunos vecinos de la zona percibieron desde la noche del domingo 18 un olor a gas más intenso del que estaban ya habituados a conocer, y hasta vieron aprestos de seguridad en la zona. Ha de averiguarse la verdad de esas aseveraciones, pues de ser ciertas habría allí un indicio esclarecedor sobre las causas del accidente...

Un año después, todavía huele a gas en Ixhuatepec. Es decir, no ha concluido el pesado trance para los habitantes de esa zona. Es verdad que Pemex asumió la responsabilidad civil de lo acontecido entonces y cubrió las indemnizaciones. Pero no esclareció bien a bien lo ocurrido. Están abiertas todavía las conjeturas, como la que aun recientemente hablaba de un surtimiento ilegal de gas, del que se beneficiaban compañías privadas, y se perjudicaban los vecinos, pues aparte el latrocinio que ello implica, entraña también una riesgosisima falta de control. Por otro lado, si bien se pagaron indemnizaciones, éstas no son consideradas nunca suficientes por los damnificados, y muchos de ellos perdieron bienes que no se reparan con todo el dinero del mundo. Como la salud mental, por ejemplo. Las gaseras, por su parte, siguen allí.

Diez meses después de la mortandad de San Juan, sobrevino el terremoto. Ojalá todos pudiéramos hermanar las tragedias con el punzante humor con que las encararon los habitantes de Tepito, que ayer veinte de noviembre realizaron una fiesta titulada "Del reventón a la movida". Pero no todos disfrutamos de ese privilegio, de ver con ánimo ligero la muerte esparcida en derredor nuestro. Y quisiéramos, por lo tanto, que el balance triste del drama de hace un año no sea el que dentro de diez meses debamos formular recordando los temblores del 19 y 20 de septiembre de 1985.

El optimismo no es fácil a ese propósito: ya estamos viendo una multitud de señales negativas. Las autoridades no aciertan a compenetrarse, en todos los casos, de la magnitud del golpe que recibieron los damnificados, y a la mayor parte de ellos los tratan ya como si fueran molestos tramitadores de asuntos de rutina, cuando no agitadores que quieren medrar con el dolor. La vida en los albergues poco a poco se va ensombreciendo. Lo de menos serían las carencias materiales que crecen cotidianamente, pues pareciera haberse agotado el caudal de la generosidad ciudadana. Lo de menos sería corregir esas deficiencias, pues bastaría un mínimo esfuerzo, pedir que de nuevo se despliegue la solidaridad, para que ésta florezca de nuevo. Lo que es menos reparable, sin embargo, es el ánimo de los damnificados, que se daña día con día ante la frustración del paso del tiempo, y la sensación creciente de que la tragedia no hizo más que comenzar hace dos meses, pero que se prolongará durante muchas semanas, meses, años quizá.

Salir al paso de esa frustración es el deber de los afortunados que podemos sentarnos pacientemente a reflexionar sobre el dolor de otros.